



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XII**

Duodécimo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Neanderthal*, *Regresión*, *Apología por el físico del hombre*, *El renegado*, *Pirámide eltoniana*, *Una pecera con peces de colores*, *El ciudadano de segunda clase*, *Cultura*, *El hombre del año un millón*, *1.000.000 (d. de J.)*, *En el principio*, *El futuro de las razas del hombre*, *El hombre en evolución*, *El mito de la Kon-Tiki*, *Una medalla para Horatius*, *Omnilingual*, *Para los que vengan detrás*, *Una investigación preliminar del solar de un hombre primitivo en el valle del río Delaware*, *Ritos corporales entre los nacirema*, *La espera*, *Todomundismo en la ciudad de los gatos*, *Hombres en el espacio* y *Desde luego*.

Introducción

La ciencia-ficción no tiene asignado ningún papel en la sociedad, e incluso resulta difícil situarla exactamente dentro del cuerpo de la literatura. Han habido incontables definiciones de la ciencia-ficción —e incontables discusiones sobre cada definición—, ya que no admite una respuesta fácil como en el caso de la novela policíaca o la novela del Oeste. Tal vez la única definición que nadie puede discutir, aunque pueda parecer una perogrullada, sea esta: «La ciencia-ficción es lo que estoy indicando cuando digo “ciencia ficción”».

Desde que se utilizó el término por primera vez, en 1926, la gente ha estado tratando de cambiarlo, sin resultado. El motivo del fracaso puede ser el hecho de que los dos elementos del nombre son esenciales. Se trata de una ficción, es decir, de una fantasía, relacionada con la ciencia. La ciencia puede ser buena, puede ser mala, o ambas cosas al mismo tiempo. Pero la consciencia que tenemos de vivir en un mundo que lleva la impronta de la ciencia organizada —el estado científico— en cada uno de los compartimientos de la sociedad humana es una parte esencial de toda la ciencia-ficción.

Cuando un lector sabe que la bomba atómica puede destruir su mundo en un instante, ¿cómo puede quedar completamente satisfecho con una obra de ficción que no tenga en cuenta ese o cualquier otro de los impactos de la ciencia y de la tecnología sobre el mundo? La mayoría de las obras de ficción, con un simple cambio de vestuario y

de sistema de transporte, pueden situarse en cualquier época dentro de los últimos mil años. La ciencia-ficción es tan nueva como el estado científico del siglo XX, y admite que existe la ciencia.

¿Puede ser la ciencia-ficción algo más que simple entretenimiento? Kingsley Amis, que además de autor es profesor y pedagogo, escribe: «El papel de la ciencia-ficción como fuerza educativa está aún seriamente subestimado». El papel educativo de la ciencia-ficción puede desarrollarse de diversos modos. Uno de ellos, tal como Amis escribe en *New Maps of Hell*, es: «Al margen de la opinión que nos merezcan los tecnólogos, no cabe duda de que son importantes, y dado que yo considero a la ciencia-ficción como una fuerza positiva, desde el punto de vista del humanismo, su circulación entre esas personas se me aparece como un síntoma esperanzador». Si esto es llevar el humanismo a los tecnólogos, la otra cara de la moneda sería llevar la tecnología, o al menos la comprensión científica, al resto de la humanidad. Los relatos de ciencia-ficción no son textos científicos, pero es evidente que muestran un entusiasmo y un respeto positivos por el hecho científico, y los mejores de ellos son una mezcla única de verdad y arte. La verdad comunicada por medio del arte.

La antropología es la ciencia del hombre. Cuenta la historia desde el hombre-mono al hombre del espacio, intentando describir con todo detalle todas las épocas que se han venido sucediendo. Los autores de obras de ficción, y particularmente de ciencia-ficción, atisban por encima del hombro de los antropólogos a medida que se efectúan los descubrimientos, y luego utilizan el material en sus relatos. Pero en tanto que el científico debe proceder con cautela, partiendo del hecho conocido para dar un pequeño salto hacia lo desconocido, el escritor goza de absoluta libertad para remontarse muy alto en alas de la fantasía. (Aunque también el hombre de ciencia puede estar dotado de una poderosa imaginación: este volumen contiene aportaciones

científicas que son tan vivaces e imaginativas como las mejores de las fantasías).

Esta es una antología de especulación, científica e imaginaria, acerca del género humano, y en ella se combinan ciencia y arte. Está dividida en dos partes: la primera intitulada *El Hombre...*, y la segunda... y sus *Obras*. Esta división no es casual, y el lector avisado habrá comprendido ya que esas dos partes se refieren respectivamente a la antropología física y a la cultural. Este el modo más lógico de contar la historia del género humano, y resulta igualmente lógico disponer todas las subcategorías de un modo similar.

La distancia que hemos recorrido es incalculable. Imaginemos dos hombres, o al menos un casi-hombre y un verdadero hombre, separados por dos millones de años de tiempo. Uno, el hombre-mono, acaba de descubrir las posibilidades que le ofrece el andar y correr sobre dos piernas. El otro viste un traje de astronauta y flota en el exterior de una cápsula espacial que gira en órbita alrededor de la Tierra. ¿Cómo progresaron las generaciones de seres humanos desde el primer hombre que anduvo sobre el suelo hasta el primer hombre que anduvo por el espacio? ¿Podemos atrevernos a decir que la conquista del espacio es la última etapa en el progreso del hombre? Y, si no lo es, ¿qué vendrá a continuación?

Estas son preguntas fascinantes. Lo que sigue son algunas fascinantes respuestas.

Harry Harrison y Leon E. Stover

FÓSILES

La historia más antigua del género humano está escrita en piedra, no con los caracteres cincelados de algún rudimentario alfabeto, sino con los huesos fosilizados de los propios hombres primitivos. De todos los hombres fósiles, ninguno encierra más misterio que el hombre de Neanderthal. ¿Con qué destino, hace tantísimo tiempo, se enfrentó aquella raza sin futuro? Hay que ser poeta para contestar a esa pregunta, y Marijane Allen es la poetisa que trata de contestarla con un poema, «*Neanderthal*».

En un tono más ligero, L. Sprague de Camp examina al hombre primitivo re-creándole en el mundo moderno. Su *Gigantanthropus* —un género imaginario que puede ser traducido como «hombre gigante»— es la «regresión» del relato, situado en el mundo actual con inesperados y humorísticos resultados.

Neanderthal

Marijane Allen

«Contempla a este intrigante ejemplar...».
Contemplándole, me pregunto qué sucedió cuando
los profetas no hallaron ningún futuro predecible.
Me pregunto qué pudo ver cuando el olvido le azotó
con vientos helados. ¿Qué infierno
le condujo a las cavernas de Dussel
para morir allí, poseído de hambres insaciables?
¿Qué hambre de mañana tuvo aquella raza
andando hacia la muerte por un camino de aberración?
Cojeando torpemente hacia la extinción
porque el Creador pasó por alto alguna carencia
ignota para nosotros. «Intrigante ejemplar...».
Raza sin futuro, me pregunto qué es lo que vio.

Regresión

L. Sprague de Camp

—¡Hombres que pesan mil libras! —dijo el individuo de corta estatura y aire vivaracho.

El individuo con aspecto de profesor devolvió la botella a su compañero de asiento y se secó la boca con su pañuelo. Habló en voz alta por encima del zumbido de los turbo-reactores:

—¿No ha estado usted nunca en la reserva de los gigantes?

—No —dijo el individuo de corta estatura—. He visto fotografías en una revista, pero nunca he estado en esos Ozarks. He volado por encima de ellos muchísimas veces, pero nunca había tenido ocasión de acercarme por allí.

—Mi querido amigo, cuando haya fichado a sus jugadores en Springfield, déjese caer por Mushogee y yo le llevaré a la reserva.

—¿Cómo puedo llegar allí? —inquirió el individuo de corta estatura, en tono dubitativo.

—Hay una línea aérea, pero yo le aconsejaría que tomara el tren. Volando a diez millas de altura no podrá apreciar las bellezas del paisaje... —El individuo con aspecto de profesor sacó una tarjeta del bolsillo y garabateó algo en ella—. Tome usted. Me llamo Frybush; enseñé antropología en la Universidad de Toronto. Y he venido aquí para ver los gigantes.

—Yo me llamo Grogan, Oliver Grogan —dijo el otro—. Soy el *manager* de los Lobos de Chicago... —Los dos hombres se estrecharon la mano—. ¿No habrá algún... ejem... peligro? Esos hombres-mono con mil libras de peso no parecen muy de fiar...

El profesor Frybush sonrió.

—En absoluto. El agente del gobierno les vigila, y si alguno no se porta como es debido se procura que no pueda volver a molestar a nadie.

—¿Quiere usted decir que les quitan de en medio?

—¡No! Ya le he explicado que los tribunales han dictaminado que los *Gigantunthropus* son legalmente seres humanos, con los derechos y privilegios de tales. Se limitan a trasladarles a otra parte de la reserva donde puedan arrancar los brazos o las piernas a los visitantes de tamaño normal cuando se enfurecen —Grogan se estremeció visiblemente y Frybush continuó—: ¿Qué pasa, no quiere usted ir? No está obligado a hacerlo; sólo quería hacerle un favor, a cambio de ese trago que me ofreció cuando de veras lo necesitaba. Y, a propósito...

Grogan le pasó de nuevo la botella.

—¡Oh! Iré, desde luego. De buena gana. Pero, dígame, ¿de dónde proceden esos seres? Yo tenía la idea de que se extinguieron hace un millón de años.

Frybush sonrió.

—Y así fue, en efecto, pero han sido re-creados.

—¿Cómo es posible eso? No me gustaría que alguien recreara un dinosaurio o algo por el estilo en el patio de mi casa.

—¿Ha oído usted hablar de los hermanos Héck? —inquirió Frybush.

—No.

—Eran un par de húngaros que re-crearon los extinguidos uros hace doscientos años.

—¿Los extinguidos qué?

—Los uros, unos grandes bisontes salvajes que vivieron en Europa alrededor del año 1600. Aunque llegaron a desaparecer, se habían cruzado con ganado doméstico, principalmente en España y en Hungría. De modo que los Héck recogieron ganado moderno que mostraba vestigios de aquella ascendencia y lo entrecruzaron para obtener la forma ancestral. Resultó más fácil de lo que habían esperado; en unas cuantas generaciones reunieron un rebaño de verdaderos uros. Actualmente puede vérselos en todos los parques zoológicos de Europa.

—A ustedes, los científicos, se les ocurre cada cosa... —dijo Grogan—. ¿Fue eso lo que hicieron con esos gigan... esos hombres-mono?

—Hasta cierto punto, sí. Cuando la gestación extrauterina se perfeccionó, después de las Guerras Mundiales, un norteamericano llamado Huebner vio una posibilidad de recrear hombres fósiles por el mismo sistema, de modo que empezó a reunir voluntarios que mostraban vestigios de ascendencia del hombre de Neanderthal, del *Gigantanthropus*, etcétera. Aquí está otra vez la azafata... La azafata estaba diciendo con voz clara, modulada:

—Estamos a punto de aterrizar en Springfield, Missouri. Los señores pasajeros con destino a Springfield pueden empezar a recoger sus pertenencias. Todos los señores pasajeros deben abrocharse los cinturones de seguridad.

—Continúe —dijo Grogan, recogiendo su sombrero y su impermeable.

—Bien —dijo Frybush—, el proceso fue un poco más largo que en el caso de los uros, debido a que la herencia resulta más difícil de encontrar entre los seres humanos, y debido también a que una generación humana es varias veces más larga que entre el ganado. Sin embargo, terminaron por ver recompensados sus esfuerzos con el éxito. De modo que ahora tenemos una reserva de hombres de Neanderthal en España, una de *Gigantanthropus* en Oklahoma, etcétera.

—¿Qué hacen esos hombres-mono?

Frybush se encogió de hombros.

—Trabajos agrícolas sencillos, que es lo que la mayoría de ellos son capaces de aprender. ¿Le importa invitarme a otro trago? Estos aterrizajes me fastidian.

Una semana más tarde Oliver Grogan levantó la mirada hacia el profesor Frybush en su hotel de Mushogee y le dijo:

—Oiga, doctor, ¿qué hay de esa visita a los hombres-mono que me ofreció usted?

—Mantengo el ofrecimiento, desde luego. ¿Qué tal le ha ido con sus jugadores de rugby?

—Pésimamente. No he localizado ni uno. Los montañeses de estos andurriales ya no son lo que eran.

En la entrada de la reserva el profesor hizo una seña a Grogan para que pasara. El hombre, con su calva cabeza brillante de sudor, se había mostrado cada vez más nervioso en el curso del viaje, y la vista de un par de rifles en el pabellón del portero no contribuyó a tranquilizarle, precisamente.

—¿A qué distancia se encuentran esos gi... gigantes? —preguntó.

—Hay una aldea a media milla de aquí, siguiendo la carretera. Un simple paseo.

—¿Quiere usted decir que hemos de ir andando?

—Desde luego. No permiten circular a los automóviles por aquí.

—¿No nos acompañará un guardián?

—A nosotros, no. A mí me conocen, ¿comprende?

Grogan empezó a resoplar mientras trataba de que el profesor, con su marcha atlética, no le dejara atrás.

—¿Qué es eso?

«Eso» era un extraño y leve sonido vocal, parecido al rugido de un león.

—Es uno de los muchachos —dijo Frybush; y al cabo de unos instantes—: Aquí están algunos de ellos.

La hierba había sido cortada en una zona de un acre de extensión, aproximadamente, en una pequeña hondonada, y alrededor de aquella zona había cinco grandes seres velludos, cuatro machos y una hembra. Dos de los machos y la hembra estaban tumbados de espaldas y roncaban, en tanto que los otros dos machos jugaban con un balón.

Grogan no se dio cuenta de lo altos que eran hasta que se acercó más y tuvo que levantar la mirada para verles las caras. Medían unos nueve pies, eran mucho más robustos que los hombres normales y mostraban los rostros bestiales y la postura encorvada de los hombres-mono que aparecen en las ilustraciones de los libros sobre la evolución. Grogan comprobó con una sensación de malestar que el balón que se estaban lanzando y recogiendo con una sola mano era un pequeño balón medicinal.

—¡Eh, George! —gritó el profesor.

El hombre-mono más próximo miró a su alrededor, sonrió horriblemente y se acercó a ellos.

—George —continuó Frybush—, quiero presentarle a mi amigo Mr. Grogan. George Ethelbert, ayudante jefe de la tribu septentrional.

Grogan sumergió recelosamente su mano en la del monstruo. Era como estrecharle la mano a un niño de tres años, a la inversa. Grogan, sonriendo un poco estúpida-mente, dijo:

—Mi llegar de Chicago. Volar en gran pájaro. Ustedes tener hermoso lugar.

El hombre-mono arrugó el entrecejo.

—¿Qué le pasa, mister? —gruñó—. ¿Acaso es usted extranjero?

—Bueno yo... no sabía que hablasen ustedes tan bien nuestro idioma —dijo Grogan—. Supongo que les gusta más esto que los mamuths y todo aquello, ¿eh?

—¿Eh? —dijo George Ethelbert, volviéndose hacia Frybush—. Profesor, ¿qué le pasa a este individuo? En mi vida he visto un mamuth...

—Perdóneme, perdóneme —dijo Grogan—. Pensé... bueno, ya sabe, que eran ustedes distintos, como esos seres que vivieron... ¡Oh! No he dicho nada. Usted tiene la palabra, profesor.

Frybush dijo:

—¿Quieres acompañarnos a visitar todo esto, George?

—¿Qué le parece si prescindan de mí y se llevan a Zella por una vez? —dijo Ethelbert—. Estaba jugando muy a gusto.

—De acuerdo.

—¡Zella! —rugió Ethelbert.

Al ver que la hembra continuaba roncando, le tiró su balón medicinal, el cual rebotó contra sus costillas con un sonido semejante al lejano retumbar de un trueno.

—¡Maldito...! —aulló la hembra, incorporándose rápidamente—. Ahora verás...

Y se precipitó contra Ethelbert como un elefante furioso. En el último momento, George se hizo a un lado con una agilidad asombrosa en un ser tan enorme, y Zella pasó de largo. Casi se estrelló contra los dos hombres normales, y los dos monstruos se echaron a reír al ver a Frybush y a Grogan eludiendo a duras penas la embestida. La hembra, aparentemente apaciguada, dio una palmada en la espalda a Ethelbert que hubiese derribado a un rinoceronte.

—De acuerdo —dijo—. Llevaré a esos enanos a dar una vuelta por ahí y luego pondré una serpiente en tu camastro para enseñarte cómo se debe tratar a una dama. ¿A dónde quieren ir ustedes?

—Profesor —dijo Grogan en voz baja, mirando cautelosamente la peluda espalda de Zella que avanzaba delante de él—. Esa... lo-que-sea me recuerda a mi segunda esposa. Por lo que usted me dijo, supuse que esa gente sería

más bien mentalmente subdesarrollada. Y no parece ser así.

—Eso depende del individuo —dijo Frybush—. En realidad, no son *Gigantanthropus* puros, ¿comprende? Se tardaría muchas generaciones en eliminar todos los genes actuales. Por otra parte, George es prácticamente un genio entre los gigantes, lo cual significa que es casi tan inteligente como un ser humano de tipo medio.

—Hm-m-m —Grogan ando en silencio, pensativo, mientras Zella señalaba las enormes cabañas de troncos. Al verlas, Grogan dijo—: Tienen un aspecto muy rudimentario, profesor. ¿No sería más sencillo traer casas prefabricadas de la ciudad?

Frybush sacudió la cabeza.

—Ya lo intentaron, y casi echó a perder la regresión. Los gigantes se vuelven perezosos si se les da todo hecho. Y al mismo tiempo se desaniman. Prefieren vivir por su propio esfuerzo, aunque no sean demasiado eficientes. Más adelante, Frybush dijo:

—Mire, Mr. Grogan. He de hablar con Zella de algunos asuntos educativos. ¿Por qué no me espera aquí? Puede sentarse en aquel banco, o pasear por estos alrededores; no corre usted ningún peligro.

—De acuerdo —dijo Grogan en tono resignado. Cuando la pareja se hubo marchado, se sentó en el banco que le había señalado el profesor y cerró los ojos. Estaba aburriéndose; el lugar no era más que una casa de labor donde todo tenía un tamaño doble del normal, y las casas de labor no atraían a Oliver Grogan.

Apenas había cerrado los ojos, cuando una voz dijo:

—¡Eh, tú!

Grogan abrió los ojos y se puso en pie de un salto. Delante de él había otro de aquellos seres. Por su tamaño y su relativa falta de pelo, calculó que debía tratarse de un niño de la especie. Grogan, que poseía muy pocos conocimientos incluso acerca de los niños corrientes, le atribuyó unos

doce años. De todos modos, era casi tan alto como él, y pesaba mucho más de sus ciento treinta libras.

—¿Sí? —dijo, apoyándose contra el banco y rogando por que regresara el profesor.

—Eres otro enano, ¿verdad?

—Supongo que sí, si dais ese nombre a la gente normal.

—¿Has venido con el profesor?

—Sí.

—Dame un poco de goma de mascar, ¿quieres?

—No tengo.

—Vamos, vamos... Todos los enanos tienen goma de mascar. ¿Por qué no quieres darme un poco?

—Déjame en paz. Ya te he dicho que no tengo.

Grogan empezó a deslizarse a lo largo del banco?

—Te la he pedido con buenos modos, ¿no?

El chiquillo agarró la manga de la chaqueta de Grogan.

Grogan sacudió el brazo, tratando de soltarse. Al no conseguirlo, el pánico hizo presa en él y soltó un puntapié al azar, golpeando algo duro.

—¡Ay! —aulló el chiquillo, soltando la chaqueta de Grogan para saltar sobre una pierna y frotarse la lastimada espinilla de la otra.

Grogan echó a correr en la dirección por la cual se había marchado Frybush. Oyó el resonar de los enormes pies del chiquillo detrás de él, y su voz aullando insultos. Luego, unos pesados brazos cogieron sus piernas y le hicieron caer boca abajo, y unos grandes puños empezaron a aporrear su espalda.

—¡Socorro! —gritó, enterrando la cabeza en sus brazos.

—¡Sal de ahí! —rugió la voz de Zella, y Grogan notó que el chiquillo era arrancado de su espalda.

Rodó sobre sí mismo a tiempo para ver a Zella que agarraba al chiquillo por el cuello con una mano, en tanto que con la otra le propinaba un terrorífico azote en el trasero